

DIALOGO



CON EDUARDO AVILES RAMIREZ

Entrevista de Rafael Heliodoro Valle

—¿Cómo van a hacer México, Centroamérica, el Perú, con sus indios? Además de cometerse con ellos un pecado contra humanidad, abandonándolos a su triste suerte, hacen un mal negocio. No sólo es su deber, sino su interés. A esos indios hay que educarlos, ponerlos en circulación, monetizarlos y hacerlos trabajar. Abandonados, además de un remordimiento continuo, representan un peso muerto, un pésimo negocio nacional; elevados a categoría de hombres, representarían una incalculable riqueza. La verdad está —y la solución debe buscarse allí— entre el amor de Las Casas por el indio y las necesidades de los modernos Ministerios de la Producción.

—Yo vi a Darío entrando en la muerte. En febrero de 1916 yo vivía en El Salvador, pero en previsión del acontecimiento me trasladé a Nicaragua y, aunque las visitas al moribundo estaban inflexiblemente prohibidas, gracias al doctor Luis H. Debayle, padre de la Margarita del poema, y que era no sólo su viejo amigo, sino su médico de cabecera, yo logré visitarlo. Al decirlo visitarlo, exagero, porque apenas si logré contemplarlo algunos momentos. En uno de mis libros dejé, frescas aún, mis impresiones sobre Rubén preagónico. Cuando entré —eran como las cuatro de la tarde— en compañía del doctor Debayle, descubrí la pieza en que iba a morir, sumida en densas penumbras. Una sola lucecita brillaba junto al le-

cho. Nos acercamos andando de puntillas. La gran cabeza de Rubén se destacaba sobre las almohadas, la barba crecida, los ojos cerrados, la respiración trabajosa, la frente y las mejillas perladas de sudor. Con un movimiento de suma audacia llevé mi mano, con extrema delicadeza, hasta su frente, en donde la mantuve algunos instantes, a pesar de haberme impresionado la temperatura altísima que lo devoraba. El doctor Debayle se inclinó a mi oído y susurró: "Mira lo que tiene en la mano derecha." La mano derecha del poeta estaba escondida bajo la almohada. Con la mía yo seguí el brazo, hasta encontrar un puño cerrado, un puño febrilmente contraído y crispado sobre una cosa de metal; era el famoso Santo Cristo de Amado Nervo. El viejo Pan, el incorregible Sileno de la faunalia griega, moría con un

crucifijo en la mano, definitivamente convertido.

Con Eduardo Avilés Ramírez —hace treinta y cuatro años nos conocimos en Guatemala— he vuelto a conversar, en ese clima en que florecen las altas magnolias de la confianza. La conversación nunca se había interrumpido, porque siempre le he seguido en sus viajes sentimentales a través de sus crónicas sobre los más variados temas de Europa. Pero esta vez, en el Jardín de Luxemburgo, en una mañana primicial del otoño, el diálogo ha recreado imágenes del pretérito perfecto. Ha sido, pues, un reencuentro cabal.

Ninguno de los escritores hispanoamericanos que residen en Francia tiene el número de lectores que Avilés Ramírez. Los mejores diarios le cuentan entre sus colaboradores insignes, pero pagados; otros le usufructúan a sus anchas. El gran cronista, el *croniqueur* de gracia parisina, se llamó Enrique Gómez Carrillo —con su dignísimo antecedente, Manuel Gutiérrez Nájera—, y después Ventura García Calderón, que hace días se ha llamado a silencio. Frente a ellos, Avilés Ramírez se halla en pie, encantando a millones de lectores. Con más cultura y vigor estilístico que Gómez Carrillo, tiene sobre García Calderón esos conocimientos que sólo proporcionan los viajes, pues ha hecho doce a Grecia y ha soñado y escrito en todas las ciudades que figuran en la geografía del Antiguo Testamento y de Las Mil Noches y Una Noche.

—¿Cree usted que París sigue siendo un centro de la luz humana?

—No sé por qué el hecho de que Francia haya dejado de ser momentáneamente una potencia de primer orden en lo político y en lo militar, deje de serlo en lo espiritual. La Sorbona es del siglo XIII. Profesores y alumnos

de toda Europa venían desde entonces a París, como en la época de Pericles se iba a Atenas. París está impregnado de cultura como ninguna ciudad de la tierra. Es un dilatadísimo fenómeno de civilización. Las ciencias, las artes y las letras se dieron en todas partes, unas veces más en unas que en otras, pero, por razones oscuras, París se convirtió en el resumen de todas. D'Annunzio decía que si Francia y lo francés fuera suprimido de pronto, un gigantesco vacío se haría en la humanidad, un vacío casi imposible de volverlo a llenar con sustancias más clásicas y al mismo tiempo revolucionarias, como las típicamente francesas.

—Parece que usted ya no desea regresar a América...

—Vivo en Francia desde hace casi treinta años. Se dice fácilmente eso... Es increíble la cantidad de raíces que uno echa en los mejores treinta años de su vida. Hay cunas y hay tumbas. A veces hay rosas. A mí me va a pasar lo que a José María de Heredia, lo que a Jean Moréas, lo que le pasó a Gómez Carrillo, a Gertrude Stein, lo que a Mateo Hernández, lo que le pasará a Picasso, a Van Dongen, a Kessel, a Foujita: que voy a tener una tumba francesa. Tantos amores, tantas tristezas hacen una vida y preparan una muerte. Repasando nuestros amigos desaparecidos, Henri Massis me decía hoy mismo: "Es cierto, nos vamos quedando casi solos, estamos ya rodeados de sombras." Los cabellos se van plateando, el corazón se va madurando, y el amor sigue dando nuevas alegrías y nuevas tumbas.

—Usted, como Gómez Carrillo, querrá morir en París, con aguacero...

—Sí, recuerdo perfectamente el entierro de Gómez Carrillo. De la rue Castellane a la iglesia de la Madeleine en aquel noviembre gris de 1927. Todo París, todo Hispanoamérica detrás del féretro. Con el sombrero en la mano, los cabellos blanquísimos al aire coronando su cara de viejo boxeador, Maeterlinck. Cerrando la montaña de flores, una corona de tres metros de alto por medio de ancho, cruzada con una banda de seda y un solo nombre en letras de oro: RAQUEL. Mientras detrás del féretro entraba todo el mundo en la Madeleine, Maeterlinck y yo nos quedamos a la entrada, junto a una columna, contemplando París y apenas hablando, entre largos silencios, de "las cosas de Enrique"... Después fundamos la sociedad "Amigos de Gó-



SON UNIVERSITARIOS MEXICANOS

LOS TECNICOS DE LOS

Laboratorios "MYN", S. A.

mez Carrillo". El primer aniversario nos encontramos junto a su tumba del Père Lachaise, el doctor Bralez, Toño Salazar, Fannius, Maurice de Waleffe, entre otros. Y André Ibels, amigo suyo de la época de Moréas y del *Napolitain*. El segundo año yo estaba solo, con una rosa en la mano. Después no volvió nadie, la vida es así.

—Usted que ha tratado a tantos hombres de letras de América y Europa, está obligado a referirnos sus recuerdos. Si se decidiera a reunir sus crónicas, como lo hizo con *Simbad*, *Ciclos Mediterráneos*, *Marruecos*, etcétera, podría dar forma a muchos libros más. Y dígame: ¿cómo empezó usted a escribir en la prensa?

—Había en León de Nicaragua un diario de cuyo nombre no vale la pena acordarse, allá por el 1907 u 8, no recuerdo bien. Yo escribía las crónicas teatrales en la temporada de una compañía mexicana de zarzuelas que dirigía don Eduardo Unda y en la que eran primeras tiples sus hijas Mercedes y Lupita. Debe haber gentes todavía que se acuerden de ellos. El único pago que me daba el periódico era el boleto de entrada a las funciones, pero mis crónicas estaban sometidas a una condición estricta: de que no las firmara, ni revelara a nadie que yo era el autor. La explicación es que habría sido una vergüenza para el diario el que se supiera que su crítico teatral era un mozallete de pantalones cortos.

—¿Y después?

—De Nicaragua me trasladé al Salvador y fué allí donde recibí las primeras lecciones formales de diarismo. Se publicaba entonces el *Diario del Salvador*, que dirigía don Román Mayorga Rivas, hombre nervioso, inquieto, gran periodista y perfecto caballero. Don Román era enemigo de la paz en los dominios de la letra de imprenta. Adoraba la polémica, y cuando no lo maltrataban sus adversarios, andaba triste. Le faltaba que lo insultaran. Ocho días de paz no los aguantaba y entonces recurría a una lindísima estrategia: se escribía él mismo cartas furibundas, las echaba él mismo al buzón, y había que ver su cara radiante al día siguiente, cuando abría su correspondencia. La carta, claro, era publicada ese mismo día, y al lado venía "su" defensa altisonante... y el público sonreía. Mayorga Rivas era todo un señor, conversaba estupendamente, había sido amigo de Rubén

Darío en su juventud. No sé por qué Barba Jacob, que también trabajó a su lado, se quejaba de él o de los sueldos que percibía. Hubo, creo, cosillas sin importancia, chismorreos, pequeñeces, tristezas cotidianas. Bien es verdad que Barba Jacob era el eterno inconforme.

—¿Qué rasgo particular encontró en Rubén Darío, usted que lo conoció?

(Avilés Ramírez queda un momento silencioso, se le siente bucear, lentamente, en el océano de las cosas pasadas, en su lejana juventud y en la época en que veía a Darío todos los días.)

—Rubén —dice— siempre fué un niño. Un hombre solamente por la edad y las cosas del camino. Pero un niño que instintivamente buscaba un regazo. El de sus amigos, el de Francisca Sánchez, el de Nicaragua.

—¿Qué es lo que ha sucedido a varios jóvenes de Nicaragua, que en otra época eran promesas magníficas? Se diría que no era la literaria su verdadera vocación. Rivas Ortiz, Antonio Barquero, Olivares, otros más...

Avilés Ramírez nada dice. Su mirada se pierde en el aire. Sólo su mano hace un gesto leve, como de onda que se va, que se

lleva el tiempo, nadie sabe a dónde...

—¿Después de hacer alto en San Salvador, qué le pasó?

—Me trasladé a Guatemala, en donde trabajé en 1916 con dos hombres muy opuestos de valía y carácter: Eduardo Aguirre Velázquez y Virgilio Rodríguez Beteta, medio año como jefe de redacción en *La República* y el otro medio año en el *Diario de Centroamérica*. A propósito de Guatemala; nunca le agradeceré bastante al maestro José Rodríguez Cerna, quien en un artículo que me dedicó dijo de mí lo siguiente: "Cada vez más maduro, más dueño de un estilo vibrante y cálido, pudiera pensarse en Gómez Carrillo. Nuestro Enrique tuvo la gracia de la sonrisa única, pero Avilés Ramírez se nos antoja más viril, menos femenino por lo menos, llegando a veces mejor a las perfecciones del retrato de la emoción y realizando pequeñas obras maestras..."

—¿Y en seguida?

—Costa Rica, Panamá, Colombia, etcétera. Por último Cuba, mi segunda patria... y en ciertos aspectos mi primera. Ahí tuve otro gran maestro, el mejor periodista que he conocido, don Manuel Márquez Sterling, director entonces de *La Nación*. En Cuba fuí también jefe de redacción de la revista *El Figaro*, del inolvidable don Ramón A. Catalá, en cuya redacción se reunían Varona, Sanguily, Figarola-Caneda, el general Piedra, Raimundo Cabrera, José María Chacón y Calvo, Agustín Acosta, José Manuel Poveda, Bernardo Barros... Barba Jacob y De la Rosa también habían pasado por ahí. Fuí redactor, jefe de redacción y director de revistas y periódicos de toda clase, en una gigantesca y sonora aventura de las letras. Además de Márquez Sterling, tres maestros de periodismo moderno me dieron una estructura definitiva con su amistad fecunda: Pepín Rivero, Ramón Vasconcelos y Sergio Carbó. Nada me gusta tanto como oírme llamar "intelectual cubano". Tengo la medalla de Carlos Manuel de Céspedes. Fíjuro en antologías cubanas y soy miembro correspondiente de su Academia.

—Dígame, Avilés Ramírez, hay muchos signos de que usted no regresará ya a América. Y es fácil explicárselo...

—Gómez Carrillo explicaba bien ese problema.* El decía: "Yo soy guatemalteco, sí... Pero no, en el fondo soy español porque... No, tampoco, en

el fondo, vea usted, soy argentino... Y no, tampoco, la verdad de las verdades es que adorando a Guatemala, a España y a la Argentina, soy parisiense, eso es, y aquí quiero morir." Y así sucedió. Después de casi treinta años en Francia, en donde he gozado, he sufrido, he amado, me han amado, lo mismo puedo decir yo, tengo hondas raíces que ya no me dejan marcharme...

Un silencio. Avilés Ramírez baja la cabeza. Después, en tono confidencial y como hablándose a sí mismo:

—En el cementerio de Montmartre está enterrada la mujer que más he amado.

—Muchos, muchísimos —le digo— no podrán entender lo que usted dice. Acabo de pasar por Bolonia y me acordé, como era natural, del jesuita Rafael Landívar, que estuvo ahí desterrado cuando Carlos III expulsó de América a los miembros de la Compañía de Jesús. Pero, en verdad, Landívar no debe haberse sentido desterrado, porque en Italia encontró el paisaje de Virgilio, conversó mejor con los clásicos latinos, pudo escribir su poema *Rusticatio mexicana*, que fué una reacción de su americanidad, de su resentimiento contra un régimen que le había echado de su patria... Lo mismo pasó con todos sus compañeros, con Clavijero, con Fábrega, con todos ellos. Todos, si hemos de ser justos, sirvieron a su patria desde el extranjero. No dejaron de quererla y quizás la amaban con mayor pureza, con más fidelidad... ¿Hasta dónde nuestra América los perdió o los ganó? Esta es una pregunta en busca de la personalidad de usted. Me parece que al vivir en Italia, aquéllos pudieron verificar mejor su América, y regresaron a ella, para quedarse definitivamente. No sus personas, pero sí sus obras. Esto es lo menos que se puede esperar de quienes, como usted, no han renunciado del todo a su americanidad.

—Le diré. Mi amigo el gran periodista francés Robert-Raynaud, que hasta la guerra fué jefe de redacción de *Le Temps*, escribió sobre mí estas palabras textuales: "Avilés Ramírez, poeta, pensador, crítico, que viviendo en París en telepática constante con su querida América, es un puente intelectual entre el viejo y el nuevo mundo"... Lo mismo o parecidas cosas han dicho Francis de Miomandre, Renaud de Jouvenel,



UNICAMENTE CONSERVAS DE CALIDAD

DESDE 1887

CLEMENTE JACQUES
Y CIA., S. A.

MEXICO, D. F.

Georges Pillement, etcétera. En cuanto a lo que yo habré servido a América, con casi treinta años de escribir un artículo diario, especialmente para América, explicándole, detallándole, sustanciándole hombres, ideas políticas, revoluciones ideológicas, sucesos trascendentales, movimientos de filosofía, de arte, de literatura, etcétera, es una labor incalculable e impagable; es como una cátedra constante, un megáfono de observación, un centinela acucioso destacado en el centro del llamado viejo mundo — que es más inquieto, levantisco, guerrero, inteligente y experimentando que el llamado nuevo. Con destino a América, para beneficio de América he entrevistado políticos, filósofos, poetas, músicos, glorias del teatro y del parlamento; he viajado desde Spitzberg hasta el Alto Egipto y desde las orillas del Betis hasta las orillas del Eufrates; he descrito la guerra, las prisiones del nazismo en que pasé año y medio, los movimientos de la atmósfera antes, durante y después de pasado el meteoro; en beneficio de América fui a levantar las puntas del velo del Islam en Turquía, en el Egipto, en la Tierra Santa, en Argelia, en Marruecos: ¿le parece poco? Si no hay ya “comarcas misteriosas” que descubrir, como las que visitó Herodoto, todos los días va saliendo un poco nuestra pequeña *Rusticatio mexicana*. Hay muchas maneras de servir a América.

—¿No advierte usted que América está elaborando una nueva cultura?

—No creo que América tenga una cultura con caracteres diferentes al de las otras naciones. Podría uno llamarse a engaño con lo anecdótico aborígen, pero esa es pura decoración, no es fondo. Para ser fondo sería preciso que en las Universidades de México, de Lima o de Río de Janeiro, se hablaran las lenguas precolombinas; que siguiéramos la concepción astronómica de los indios, que acatáramos sus leyes religiosas, que estuviéramos organizados según su organización social, política, etcétera. Creo que estamos muy lejos de todo aquello. Los valores básicos de nuestra cultura son los de la civilización mediterránea: Copérnico, Cristo, Homero, Dante, Cervantes, Newton, los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Lo mismo pasa en la Amé-

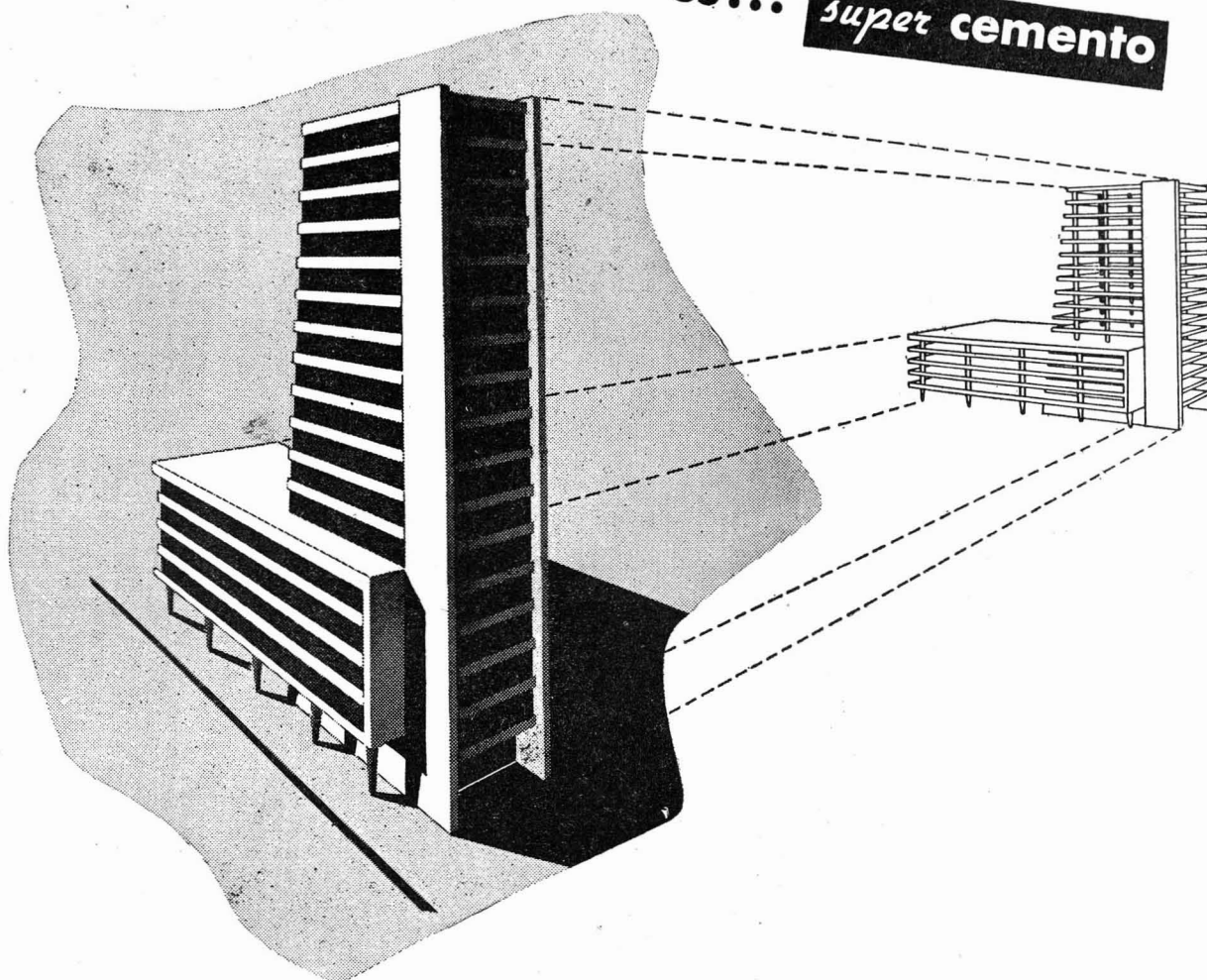
rica anglosajona. Las obras como *Martín Fierro* de José Hernández, o *La vorágine* de Rivera, son expresiones típicas de nuestra humanidad particular, pero no se forma con ellas “una cultura”. La palabra contiene una trascendencia de siglos muy difícil de abolir. Habría que comenzar por abolir la religión católica y las lenguas ibéricas; después ya hablaríamos... Oí decir por ahí que hay alguien que pide para la América la abolición radical de todo lo español. Es una estulticia monda y lironda. Es como si los franceses de 1950 pidieran la abolición de

todo lo que vino después de Vercingetorix. La batalla que libró Cortés en Tenochtitlán es, en su profunda significación, la batalla librada por César en Asia.

(Eduardo Avilés Ramírez es compatriota de Darío por Nicaragua y por París. Ha viajado desde la zona tórrida de América hasta la del Asia; ha seguido las huellas de la geografía poética de los Goncourt y de Loti; ha colaborado en todos los grandes periódicos de Centro y Sudamérica y para varias cadenas de diarios europeos; ha sido amigo de los grandes maestros

de letras francesas desde hace veinte años; tiene una casa y unas viñas en la Provenza; pero no sólo de vino vive este excellentísimo señor, sino también del oro que encuentra en la negra tinta diaria, y del amor y del recuerdo. Su libro *Simbad*, que lleva por subtítulo “Hombres, piedras y viajes,” se publicó en 1928. Tradujo *Las letradas de la Virgen* del banquero —más tarde franciscano— Armando de Godoy [1932] y si reuniera su millón de crónicas nos daría varios volúmenes que guardaríamos como rosas entre cristales encendidos.)

La clave del éxito es... **super cemento**



En las construcciones modernas, el **super cemento** es un poderoso aliado para obtener una alta resistencia en un breve plazo.

En los edificios, por ejemplo, las losas de concreto se pueden descimbrar A LOS TRES DIAS, acelerando así la terminación de la obra a un ritmo mucho más veloz que cuando se emplean cementos de tipo común. Esto mismo sucede en fábricas, pistas para aviones, cruceros y avenidas de tránsito intenso, que se pueden construir o reparar fácilmente en un tiempo mínimo, si se emplea **super cemento**.

El **super cemento** comunica al concreto una rapidez de endurecimiento que, unida a su ALTA RESISTENCIA no sólo a edades tempranas sino también a edades mayores, permite ejecutar obras de gran solidez y duración. La mayor PLASTICIDAD del **super cemento** permite, asimismo, mejores acabados que cuando se emplean cementos ordinarios.

Y no obstante que el **super cemento** se vende a un precio más elevado, su ECONOMÍA es manifiesta cuando el tiempo apremia, pues evita demoras para poner en servicio una obra cualquiera y significa menos dinero en erogaciones por cimbras, mano de obra, vigilancia y equipo.

Cuando usted necesite un **super cemento**, especifique:

CEMENTO TOLTECA
TIPO RAPIDA RESISTENCIA ALTA

Pídanos usted al Apdo. 30470, San Pedro de los Pinos, D. F., nuestro folleto sobre **super cemento**

